

Entre la vida y la muerte

SET THE NIGHT ON FIRE

Tocando la guitarra con **The Doors**

ROBBY KRIEGER

con
Jeff Alulis

Traducción de
Manuel de la Fuente Soler

Alianza editorial

Título original: *Set the Night on Fire. Living, Dying and Playing Guitar with The Doors*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown and Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*



*Copyright © 2021 by Robby Krieger
© de la traducción: Manuel de la Fuente Soler, 2022
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2022
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-1148-071-0
Depósito legal: M. 23.392-2022
Printed in Spain*

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

1. El hotel Henry Hudson.....	11
2. El peor peinado del rock.....	15
3. Cuidado con la mirada que amenaza a toda la humanidad.....	19
4. Allá van los malvados Doors	27
5. Enviad mis credenciales al centro de detención.....	33
6. La sala de estar	39
7. El concierto de los disturbios	45
8. Guitarras Ramírez	49
9. Tres palabras	57
10. Entre Clark y Hilldale	63
11. Soldados desconocidos	71
12. En busca de la revelación. Primera parte.....	77
13. Ronny	83
14. En busca de la revelación. Segunda parte.....	87
15. Once minutos, cuarenta y un segundos.....	91
16. El dolor se lleva encima, igual que los transistores.....	97
17. El primer disco	99
18. Willie y yo	105
19. La calle del amor	107
20. 1967.....	113
21. Que las ratas coman helado.....	121
22. <i>The T.A.M.I. Show</i>	125
23. <i>Strange Days</i>	129
24. Lynn	133
25. Reconocimiento por toda la trayectoria.....	141
26. Pam	145
27. Un programa bueno de verdad	149

28. Llévame, caravana, llévame bien lejos.....	155
29. La fiesta de resurrección	159
30. <i>Waiting for the Sun</i>	165
31. La nave de los necios	171
32. Llega el momento de apuntar las flechas al sol	177
33. La vista en la carretera y las manos en el volante.....	185
34. El escándalo	187
35. El club de los 27	193
36. Fumando chinos	197
37. Waylon	209
38. <i>The Soft Parade</i>	215
39. El ojo morado	221
40. Las alas de la locura	227
41. El juicio	231
42. La noche de la rana	235
43. Esto da para una película	241
44. <i>Morrison Hotel</i>	249
45. Jacarandás azules	255
46. De naturaleza inmoral	259
47. Las nuevas criaturas	265
48. El otro juicio	271
49. <i>L.A. Woman</i>	285
50. A modo de homenaje.....	295
51. <i>Other Voices</i> y <i>Full Circle</i>	299
52. El Rey.....	305
53. Esto es el final	309
54. El mejor par tres de Estados Unidos	315
55. <i>An American Prayer</i>	321
56. Profesión: músico, organista	325
57. Nirvana	333
Agradecimientos.....	339
Créditos fotográficos	343
Índice de nombres propios, canciones y discos	345

*Este libro está dedicado a Lynn Ann Veres, mi mujer desde
hace cincuenta años (y seguimos sumando). Es la única
persona que he conocido que me ha dejado ser yo mismo.
Y por eso siempre la amaré.*



The Doors en el Ondine Club de Nueva York, noviembre de 1966.

EL HOTEL HENRY HUDSON

«¡Robby! ¡Te habla Dios! ¡Y vamos a expulsarte de este mundo!»

Al otro lado del teléfono no estaba Dios. Era Jim Morrison. Colgué.

La llamada se produjo a una hora intempestiva en el otoño de 1966. The Doors acabábamos de llegar a Nueva York. Nos esperaban un mes de actuaciones en la discoteca Ondine, las mezclas finales de nuestro primer disco y la filmación de una película promocional del sencillo de lanzamiento. Cada noche dábamos cinco conciertos de media hora y terminábamos al filo del amanecer. Aprovechaba al máximo las pocas horas que me quedaban para dormir.

Nuestro abogado nos había encontrado alojamiento en el hotel Henry Hudson, en el centro de Manhattan. The Chambers Brothers ocupaban varias *suites* en el piso de arriba, y a menudo la noche concluía colocándonos todos juntos al regresar de nuestras respectivas actuaciones. Las noches que librábamos, exploraba con el batería John Densmore los clubes de jazz de Greenwich Village. Durante el día, el teclista Ray Manzarek se lanzaba con su novia a la visita de museos. Aunque los neoyorquinos no conocían nuestras canciones, daba la sensación de que les gustábamos, y las *groupies* locales parecían encantadas con aquellos misteriosos extraterrestres procedentes de California. Tuve algunas aventuras con varias, como Rory Flynn, una modelo de 1,80 a la que conocía

de Los Ángeles, y que además era hija de Errol Flynn. Después me enteré de que las *groupies* de Ondine comentaban entre ellas sus experiencias y puntuaban a sus conquistas. No tuve mucha suerte tras estar con Rory, imagino que porque no conseguí una buena nota.

Éramos un grupo joven que empezaba a despuntar y había muchos motivos para celebrarlo. Pero, como de costumbre, Jim era quien más lo celebraba de todos.

La noche después de recibir la llamada de Dios era Acción de Gracias, y fuimos a cenar a Nueva Jersey, a la casa de Paul Rothchild, nuestro productor. La celebración de Jim llegó a tal punto que golpeó a la mujer de Paul con todos allí sentados a la mesa. Paul se lo tomó bien, pero cuando nos llevó de vuelta al hotel, Jim se puso a agarrarlo del pelo, dimos algunos bandazos y casi nos estrellamos con el coche. Tuvimos que forcejear entre todos para llevarlo a su habitación. Pensamos que, si lo metíamos en la cama, se le pasaría y caería en redondo. No obstante, se desnudó por completo y salió de un salto por la ventana.

Jim tenía una técnica especial para esos saltos. Ya lo había visto antes en unas cuantas ocasiones. Recuerdo una noche que estábamos con un grupo de chicas en la casa que compartíamos John y yo en Laurel Canyon. A Jim le dio por asustarlas, así que tomó carrerilla y dio un brinco por la ventana. El salto incluía un giro sincronizado para agarrarse a la repisa y quedarse colgado hasta recibir la atención requerida. A continuación se reincorporó, para alivio de las chicas, que habían presenciado la escena sin aliento y con el corazón acelerado.

Eso sí, aquella casa solo tenía dos pisos de altura. Esta vez Jim se encontraba colgado de un duodécimo, con el implacable asfalto y el bullicioso tráfico de la calle 58 a sus pies. Y, a juzgar por su innecesaria desnudez, estaba todavía más bebido de lo normal, de manera que yo no tenía mucha confianza en su capacidad para aguantar sin soltarse.

Acudimos a toda prisa al rescate. De no haber estado allí, seguramente no habría podido salvarse por sí solo. Por otra parte, si no hubiéramos estado con él, quizás tampoco habría saltado por el mero placer de impresionar. En cuanto lo metimos de nuevo dentro, me tiró a la cama. John y Ray cerraron la ventana, mientras Jim me agarraba para que no me moviera, retorciéndose de modo juguetón y haciendo como que se me insinuaba. Vale, estábamos en los sesenta, pero no me iba todo. Lo tiré de la cama y se quedó en el suelo muerto de risa.

Visto ahora, creo que Jim sabía, de manera inconsciente, que ni John ni Ray habrían accedido a su numerito de seducción grecorromana. Siem-

pre ponía a prueba los límites, la paciencia de los demás, y cuanto más pasado iba, más certero era su instinto a la hora de detectarlos. Esa noche percibió que yo era el que estaba de mejor humor, así que me convertí en el límite de su exploración.

Ahora me hace gracia, pero entonces no se la vi por ningún lado. Tenía veinte años y era el más joven del grupo. No tenía autoridad alguna sobre el resto ni sabía gestionar ese nivel de caos. Me veía constantemente en una complicada dualidad entre ser estrella del rock y recoger del asfalto los sesos de nuestro cantante.

Estuvimos más o menos una hora en la habitación de Jim hasta que se tranquilizó y se quedó dormido. Al día siguiente me saludó como si nada. Rara vez recordaba sus estragos étlicos, y éramos los demás los que teníamos que ponerlo todo en orden. Le conté lo que había hecho y fue como si le hablaran de otra persona. Su respuesta, como siempre, fue algo en plan «uf, vaya tela» o «lo siento, no me di cuenta».

Sus disculpas eran tan simples como cautivadoras. Ni siquiera hoy sé cómo se las arreglaba para que le perdonáramos la mitad de las cosas que hizo. Cuando estaba sobrio, tenía algo que hacía que te sintieras mal por enfadarte. Lo de colgarse de una ventana, agarrarme desnudo en la cama, dejándonos además tan mal delante del productor, o lo despertarme en mitad de noche con bromitas telefónicas: ¿por qué lo aguantaba?, ¿cómo es que lo solventaba con una mera disculpa? ¿por qué no me iba de aquel grupo si uno de sus elementos principales parecía empeñado en destruirlo todo?

Lo que tenía claro era que nunca me iría. Entonces tocábamos aún en locales pequeños, y casi nadie nos conocía, pero ya vislumbraba el futuro. Veía que Jim podría ser una estrella del rock tan grande como muchas otras antes y que The Doors tenían potencial para convertirse en el grupo más importante de Estados Unidos. Al margen de lo que pasara a lo largo del camino, estaba totalmente comprometido con la banda.

Al cabo de dos meses salió el primer disco, que certificó mi intuición y cambiaría para siempre el rumbo de nuestras vidas. Eso sí, a lo largo de los años siguientes recordaría una y otra vez la lección que aprendí en el hotel Henry Hudson: Jim Morrison no sería Dios, pero no cabe duda de que tenía el poder de expulsarme de este mundo.

EL PEOR PEINADO DEL ROCK

Una vez, un crítico dijo de mí que tenía «el peor peinado del rock». Me lo tomé bastante mal, pero no le faltaba razón. Siempre me las he tenido que ver con mis rizos encrespados, hasta que un día probé, junto con mi amigo Bill Wolff, un alisador que usan sobre todo los negros: Ultra Sheen. El resultado fue increíble. Wolff (le llamábamos todos por el apellido) me soltó: «Te da un aire al idiota de Bryan MacLean». Es lo más próximo que ha estado jamás de decirme un cumplido. MacLean era el guitarrista de Love, y su lustroso pelo tipo casco se asemejaba al de Brian Jones, de The Rolling Stones. No sé si a mí me quedaba tan bien como a ellos, pero suponía una mejora considerable respecto al nido de pájaros que lucía en la cabeza.

Nos sometimos al experimento capilar como una semana antes de que Wolff y yo nos presentáramos a la prueba para entrar en The Doors. La de Wolff se realizó unos días antes y fue una sorpresa que no lo aceptaran, dado que tenía mucha más experiencia y técnica que yo. Habíamos ido juntos a clases de guitarra flamenca, habíamos formado un grupo, habíamos tocado en un trío folk y también habíamos participado en una *jam* con un grupo de *acid rock* y el batería de The Doors John Densmore. Wolff era la primera opción, y yo, la segunda. Pero mi peinado quedaba mejor y mi *slide* acabó de inclinar la balanza definitivamente.

Hoy en día, cuando vas a una tienda de música, puedes comprar *slides* profesionales de acero cromado, cerámica vidriada, titanio ligero, vidrio de borosilicato o incluso fibra de carbono de tecnología punta. Cuando Wolff y yo aprendíamos a tocar, rompíamos cuellos de botella. Mis favoritas eran las botellas de champán barato de California porque tenían la medida justa y el cristal solo era un poco más grueso que el de las botellas de vino. A veces nos tomábamos la molestia de cubrir los bordes cortantes o los fundíamos con fuego, pero por lo general los dejaba tal cual. Pensaba que me vendrían bien si me metía en alguna pelea de bar.

A los dos nos encantaban los discos de Blind Willie Johnson, Blind Lemon Jefferson, Blind Willie McTell, The Five Blind Boys of Alabama... parecía que, al carecer del sentido de la vista, habían desarrollado una elevada sensibilidad para la guitarra *slide*. No teníamos ningún profesor que nos instruyera en la técnica, de modo que nos apañamos a solas como pudimos. Al principio era muy purista y solo tocaba la guitarra acústica, pero justo antes de la prueba con The Doors, me enamoré del sonido del *slide* de la guitarra eléctrica.

Así pues, un día del otoño de 1965, me encaminé con la guitarra eléctrica, el amplificador y el arma *slide* de champán californiano a un aparcamiento situado detrás de un edificio de oficinas en Santa Mónica. En un lado había un callejón, donde se encontraba una casita destartada. En el interior vivía un tío llamado Hank, que había tenido la amabilidad de ceder a The Doors su piano Yamaha para que ensayaran en la apretada sala de estar. La falta de vecinos garantizaba la ausencia de quejas.

Como ya los conocía de antes, no tuve que presentarme, y John me había pasado una maqueta con seis canciones, de forma que llegué preparado. La primera que tocamos era mi favorita: «Moonlight Drive». Era una versión más animada y bluesera que la que grabaríamos después, y la voz de Jim estaba en un registro alto que a los fans del grupo les costaría reconocer. La parte de guitarra avanzaba de forma lenta y previsible al compás del piano. La clavé.

Entonces pedí que probáramos una cosa. Saqué el cuello de la botella y la tocamos de nuevo. Entre mi estilo de blues y flamenco y mi *slide* a lo Muddy Waters, supongo que superé a los otros candidatos. Jim se quedó pillado por el sonido *slide* y dijo que habría que usarlo en todas las canciones. Y así es como entré en el grupo en lugar de Wolff. Me bastó una canción para saber que había dado con la tecla.

El efecto del fijador de pelo desapareció a los pocos meses y mi casco seductor volvió a su estado natural de estropajo deshilachado. Por suerte,

ya me había convertido en elemento indispensable: no podría deshacerme del peor peinado del rock, pero The Doors tampoco podían deshacerse de mí.

Hubo otro ensayo con el grupo en casa de Hank, en el que apareció uno de los amigos de Jim. Se lo llevó a una habitación, cerró de un portazo y empezó a gritarle a pleno pulmón. A medida que los gritos ahogados se filtraban por las paredes, pude hilvanar el contexto: aquel tío había jodido a Jim en algún tema de drogas. No me enteré del tipo de sustancia, o si le había pasado de menos o era un problema de dinero, pero parecía que iba a matarlo.

Intercambié con Ray y John algunas miradas que reflejaban la incomodidad de la situación y soltamos algún comentario, pero, más allá de eso, hicimos como que no lo oíamos. Fue nuestra primera respuesta conjunta consistente en enterrar la cabeza como los avestruces cuando asistíamos al comportamiento imprevisible de Jim Morrison, además de constituir mi descubrimiento inquietante de su lado oscuro. Entonces no se me encendió ninguna alarma, ya que por lo menos parecía que tenía un buen motivo para soltar aquellos gritos. Pero hasta ese momento se había mostrado muy reservado, y me sorprendió (por decirlo de algún modo) aquel cambio repentino.

Seguimos repasando algunas canciones para amortiguar el ruido mientras yo, un tanto nervioso, le daba vueltas a una pregunta que no se me iba de la cabeza: *¿De verdad este tío era nuestro cantante?*

Al final salieron de la habitación. No dijeron nada. Jim se mostraba visiblemente cabreado. El ensayo había llegado a su fin.



The Doors, 1967.

CUIDADO CON LA MIRADA QUE AMENAZA A TODA LA HUMANIDAD

No sé si me identificaba con aquellos célebres cantantes ciegos de blues por la sencilla razón de que este mundo nunca me ha resultado agradable a la vista. Si os fijáis en las antiguas fotos promocionales de The Doors, a menudo salgo con los ojos entornados porque tengo sensibilidad a los *flashes*. Todavía hoy intento no cerrarlos cuando me sacan una foto. Me sometí a una cirugía láser en los noventa, dos veces, pero solo me duró unos años; luego tuve cataratas y me volví a operar, y después otra operación de queratotomía radial en el ojo izquierdo, donde me hicieron un corte en la córnea para corregir la hipermetropía derivada de la intervención de cataratas; además, no se me cierra bien el iris del otro ojo por un golpe con una pelota de tenis (mira por dónde, me lo propinó un oftalmólogo).

Como había vivido la niñez y la adolescencia en el sur californiano del sol permanente, era un chaval deportista y extrovertido. Mi hermano gemelo, Ronny, y yo destacamos desde edad temprana en el golf, estábamos en el equipo de gimnasia del colegio y siempre nos elegían los primeros para jugar a *kickball*. Me encantaba el béisbol, y seguramente me lo habría tomado más en serio si mis ojos no me hubieran fallado en el apogeo de mi carrera en la liga juvenil. Cada vez me costaba más ver la bola de los cojones. Al final me relegaron a la posición de jardinero

derecho, y a esperar que la pelota no viniera hacia mí para ahorrarme así el ridículo. También me bajaron mucho las notas porque no veía la pizarra, y un día dije que veía un avión en el cielo (no había nada). Mis padres ataron cabos y me llevaron al oculista.

El problema de las gafas es que las llevaban los empollones. Y yo era de los guais. Un tío popular, vaya. Las gafas me habrían destrozado la reputación. Así que, cuando salía de casa, me las guardaba en el bolsillo y no me las ponía hasta que regresaba. Al comprobar mis padres que mis notas no mejoraban, volvieron a atar cabos. En aquel entonces, las lentillas llevaban relativamente poco tiempo en el mercado. Eran unas conchas duras de plástico que apenas dejaban pasar el oxígeno, de manera que solo podían llevarse un rato, pero había que hacer lo que fuera con tal de no dejar de ser *cool*.

Aguanté tan bien la molestia e incomodidad de las lentillas que serví de conejillo de indias de Hollywood. Hay una película de ciencia ficción de los años sesenta, *El pueblo de los malditos*, protagonizada por unos críos terroríficos de ojos brillantes que tienen el poder de hipnotizar a la gente. Antes de empezar la producción, acudí a una prueba para ver cómo quedaba en pantalla el efecto de mis ojos. Supongo que dio mi nombre el oftalmólogo: el doctor Roberts decía que era el más joven de sus pacientes que usaba lentillas. Para el film habían hecho unos caparzones corneales duros de color dorado, con un agujerito en medio para ver. Eran todavía menos maleables que mis lentillas, y uno de producción tuvo que ponerme gotas anestésicas para mitigar el dolor. Al principio me parecía genial lo de estar en un estudio de los buenos rodeado de focos y cámaras, pero al cabo de unas horas, cuando se pasó el efecto de las gotas, tenía los ojos a punto de estallar. Intenté mostrar toda la entereza posible, pero no creo que el elenco de críos se fuera a sentir cómodo en aquella película. Cuando se estrenó, la vi y me encantó, aunque imagino que la tormentosa prueba que padecí derivó en que descartaran las lentes especiales y crearan el brillo ocular en postproducción.

Recuperé con las lentillas algo de visión del mundo real, pero apenas mejoré en las notas, nunca volví del todo a mi anterior desenvoltura atlética y, en los años previos al instituto, se me llenó la cara de acné y engordé un montón. Fueron pocos los amigos que no me dieron la espalda. Pasé de ser uno de los más populares a un paria absoluto, y los mayores me hostigaban sin parar. La poca autoestima que me quedaba desapareció a base de golpes, y aquel chaval abierto se convirtió en el tipo tímido y tranquilo que soy en la actualidad.

Por suerte, no fui el único que pasó por esa extraña fase. Bill Wolff estuvo siempre a mi lado, y mi hermano gemelo, Ronny, también fue un compañero fiel. Keith Wallace vivía junto a un campo de naranjos, donde nos liábamos a batallas de naranjas, y Steve Davidson dejaba que espiáramos a su hermano mayor cuando intentaba acostarse con sus amigas. Durante aquellos años, nos pasábamos casi todos los fines de semana buscando sin descanso alguna fiesta a la que asistir, aunque dudo que hubiéramos reunido el valor de entrar en ninguna de haberla encontrado.

La destrucción y el vandalismo eran nuestras otras vías de escape. Una noche me metí con mis amigos en unas casas en construcción que había en Brentwood, rompimos ventanas y dejamos lavabos atascados y grifos abiertos. Esgrimíamos como excusa la bandera de la protesta contra el desarrollo desmesurado, pero la verdad es que era una respuesta al aburrimiento. Y a la frustración sexual.

Hacíamos esas cosas sin que nos pillaran, hasta que me piqué con Bill Wolff para ver quién era más valiente con un par de tractores que había en la zona de construcción del nuevo instituto de Palisades. Habían dejado las llaves puestas: nadie habría resistido tal tentación. No obstante, en seguida comprobamos lo difícil que es conducir un tractor, con todas las palancas y demás. Empezamos a moverlos, pero como no controlábamos la dirección, al final chocamos y nos fuimos pitando. No sé quién nos vio o cómo nos reconocieron, pero ese mismo día la policía se plantó en casa de mis padres. Jamás olvidaré la cara de decepción de mi madre. Le había roto el corazón.

Tras aquella experiencia, me aparté del camino de la destrucción, aunque descubrí nuevas formas de maldad cuando llegué a la secundaria. Mi amigo Roy Thompson tenía un primo mayor, llamado Steve Scott, con carné de conducir. Cogía a escondidas la ranchera de su madre (una Chevrolet del 57) y nos íbamos por ahí a buscar problemas. Una noche robamos de una ferretería una caja con cincuenta llaves inglesas, únicamente porque la vimos allí. Otras veces, cuando veíamos un coche de pandilleros, les mandábamos a tomar por culo con el dedo y se iniciaba una persecución. Steve conocía al dedillo los callejones de Santa Mónica. No tenía un motor de mucha potencia, pero no había quien le ganara. Y si se acercaban mucho, Roy y yo lanzábamos las llaves inglesas robadas a nuestros perseguidores.

Roy, Steve y yo nos montábamos nuestras propias fiestas cutres yendo con el coche a las cervecerías a robar barriles medio vacíos (para nosotros estaban medio *llenos*). Como siempre alardeábamos de nuestra faci-



Bill Wolff y yo con nuestros uniformes de Menlo.

lidad para conseguir barriles, una de las pandillas de la zona (los Dukes o los Gents, tanto da) nos contrató una vez para suministrar cerveza a una fiesta de graduación. Rebuscamos entre todos los comercios del barrio, pero aquella noche solo encontramos barriles medio vacíos. Dejamos el cargamento en el *parking* donde se celebraba la fiesta, que estaba ya a tope cuando llegamos. Los de la pandilla parecían unos blanquitos salidos directamente de *West Side Story*, con los nombres del clan bordados en chaquetas de la universidad, pero para nosotros eran tremendamente peligrosos. Cuando vieron que los barriles estaban casi vacíos, nos largamos a toda prisa en la ranchera de la madre de Steve, y los pandilleros nos persiguieron con bates de béisbol.

Mis padres intentaron apartarnos a mi hermano y a mí de nuestras amistades problemáticas porque, evidentemente, nunca teníamos la culpa de nada: éramos unos cándidos angelitos corrompidos por malas influen-

cias. Sin embargo, seguí metiéndome en líos, y como mis notas continuaron en picado, cuando en el instituto dijeron que tenía que repetir curso, se impuso la cruda realidad. Mis padres me matricularon en un colegio privado cerca de Silicon Valley, el Menlo. Estaba a casi 600 km de distancia de la mala gente, como Bill Wolff, con la que me juntaba todo el rato.

No obstante, un año antes los padres de Bill Wolff habían tenido la misma idea. Así que, en lugar de separarnos centenares de kilómetros, nos juntaron, sin saberlo, en la misma residencia.

* * *

Cada mañana nos reunían a todos los alumnos alrededor del mástil, nos llevábamos la mano al corazón y un chico llamado Loring Hughes tocaba la corneta mientras se izaba la bandera. Todos miraban las barras y estrellas, pero yo me centraba en la corneta. No sabría decir si era por el sonido o porque Loring, por su posición, concitaba la atención de todo el colegio, pero ahí nació mi vocación de músico. Fui a clases de trompeta, pero me relegaron al tercer puesto en la banda de la escuela y al final me degradaron a golpear sin cesar el bombo.

La guitarra fue el siguiente instrumento que me llamó la atención. Rasgué la primera a los doce años en casa de mi amigo Bob Wire, y desde entonces me buscaba cualquier excusa para ir a su casa. Empecé a sentir curiosidad por los guitarristas que vivían en mi barrio, como Henry Vestine, que más tarde formaría parte de Canned Heat. Cuando pasaba por delante de su casa, oía el sonido líquido de su guitarra, cargado de reverberación y trémolo. Había otro, menos célebre pero más influyente para mí, llamado Hial King, maestro tanto del saxofón y la batería como de la guitarra. Su estilo me causó un impacto profundo, pero lo que más me atrapó fue el aspecto que lucía. A simple vista, casi todos se fijaban en su pelo engominado con tupé y en los mocasines resplandecientes. Pero eso escondía a un tipo bajito y rechoncho no mucho más guapo que yo, el rarito marginado. Aun así, les gustaba a todas las chicas. Aquí se me encendió la bombilla: la solución podría estar en la guitarra.

Cuando llegué a Menlo, había un hawaiano de nombre Keoki King. Su cuarto estaba al otro lado del pasillo y tenía una vieja guitarra acústica, una Martin 000-21. La había encontrado en el granero de la granja de su padre. Estaba en mal estado, pero ojalá la conserve aún, porque hoy valdrá miles de dólares. No tocaba muy bien, y siempre que se la

pedía me la dejaba. Después de clase nos teníamos que quedar en las habitaciones, así que lo único que se podía hacer era estudiar o aporrear la guitarra de Keoki. Evidentemente, no había color.

Toqué esa guitarra casi todas las noches en aquel colegio hasta que al final me hice con una para mí, una acústica tradicional de estilo flamenco, ligera, de cedro, con un diapasón de ébano, fabricada por el lutier mexicano Juan Pimentel. En cuanto estuvo en mis manos, ya no la solté casi nunca. Y se reveló cierta mi teoría de que la guitarra me resolvería lo de querer ir de guay: todos se hicieron de repente amigos míos para tener en sus manos mi instrumento de Juan Pimentel.

Aparte de las largas horas de ensayo, en Menlo también me sumergí en nuevas músicas en las que me introdujeron compañeros de todo el país. Por primera vez escuché a Robert Johnson. Y a los King: B. B. King, Albert King y Freddie King. Blues. El auténtico blues. También fue el apogeo del resurgimiento del folk estadounidense, que me llegó con Joan Baez, Ramblin' Jack Elliott, Lead Belly y mi favorito de todos los tiempos: Bob Dylan.

Para redondear la mezcla, recibí una buena ración de flamenco. Mi padre tenía un disco titulado *Dos Flamencos*, un fascinante ballet de guitarra clásica de Jaime Grifo y Niño Marvino. Me dejó boquiabierto por su complejidad y delicadeza. A Bill Wolff y a mí nos dio por decir que seríamos los próximos Dos Flamencos. Sin embargo, no éramos más que Dos Aprendices de Guitarristas.

En las vacaciones de verano, optamos ambos por invertir parte de nuestro dinero en dos destacados profesores de flamenco: Peter Evans y Arnold Lessing. Tocaban en un local llamado Casa Madrid, ubicado en Pico Boulevard, donde acompañaban a unas bailaoras españolas que nos cautivaron con sus movimientos expresivos y con las faldas de sevillanas que se arremolinaban con puro nervio y energía. A base de constancia en clases y ensayos, pasamos con rapidez de ser espantosos a aceptables. Cuando terminaron las vacaciones, seguimos practicando todas las noches después de que cerrara la escuela.

Además del sonido sutil y etéreo del flamenco, también me atraía el tosco y afectado de la música *jug band*. Bueno, no tanto el sonido como la imagen. En la portada del primer disco de Jim Kweskin and The Jug Band, los músicos tenían una cara como si fueran tontos, aunque también parecían colocados, y lo de ir drogado entonces molaba. De hecho, Wolff se compró inmediatamente unas gafas de sol redondas y azules, como las que llevaba Fritz Richmond en la cubierta, varios años antes de que



Los Back Bay Chamber Pot Terriers.

las pusiera de moda John Lennon. Era una música tan descaradamente cursi que hasta resultaba insolente. Me escapaba con los compañeros del colegio para ver actuar a Jim Kweskin y Dave Van Ronk en los garitos de la zona de San Francisco. También fuimos a uno o dos conciertos de Mother McCree's Uptown Jug Champions, con Jerry Garcia, Ron «Pigpen» McKernan y Bob Weir, que también estudiaba en Menlo. Los tres formarían más tarde Grateful Dead. En el colegio todo el mundo hablaba a todas horas de Bob Weir y los suyos, así que a unos cuantos amigos se nos ocurrió que estaríamos en boca de todos si montábamos nuestra propia banda.

Lo bonito del *jug band* es que en realidad no precisaba muchos instrumentos. Yo tocaba la guitarra; Wolff se desdoblaba entre la guitarra y la tabla de lavar; Scott se encargaba del *kazoo*; Jerry, del bajo de palan-gana, y Phinizy cantaba y soplaba con la garrafa. El nombre del grupo se le ocurrió a Phinizy (que era del área de Back Bay en Boston): Back Bay Chamber Pot Terriers. Los demás éramos californianos de pura cepa, así